

Elogio de San Agustín, de Quito

FOR
ERNESTO LA ORDEN MIRACLE (*)
(Secretario de Embajada)

«Año de 1660 a 27 de octubre rebentó el bolecán de Pichincha a las nueve del día. Año de 1662 a 28 de noviembre sucedió el terremoto.» Esta impresionante inscripción, grabada sobre una lápida en la puerta de la iglesia de San Agustín de Quito, vale por mil prolijas descripciones: El ahora pacífico pico del Pichincha, rara vez nevado a pesar de sus 5.000 metros de altura, ha dado mucho que sentir a la ciudad que trepa por sus faldas. En la fecha fatídica de

(*) Ha querido ARCHIVO AGUSTINIANO honrar sus páginas con la colaboración del exquisito y fino espíritu de Ernesto La Orden Miracle, primer secretario de Embajada, y actualmente Agregado cultural en nuestra Embajada de París. Ponderar aquí las excelencias espirituales de La Orden Miracle sería impertinente, pues son claramente notorias. Magnífico exponente de su generación, dondequiera que La Orden radique allí tendrá España un hijo esclarecido, aportando en su servicio una magnífica cultura y unos dones de escritor llenos de jugosidad y elevación. En el espléndido libro *Elogio de Quito*, repleto de lujos y calidades españolas, ha escrito La Orden Miracle páginas de magnífica prosa relativas al arte quiteño, llenas de sutileza y de fina valoración interpretativa, donde recuerda el tesoro artístico de nuestra iglesia del Ecuador.—*La Dirección*.

1660 se estuvo siete días vomitando piedras y cenizas, hasta que desgarró su cráter hacia las selvas del poniente, y salvó a Quito de una suerte análoga a la de la primitiva Guatemala. Antes y después de 1662, casi hasta nuestros días, los temblores han sacudido con frecuencia a Quito, pero no han destruído la ciudad. Mérito de la beata Mariana de Jesús, santa doncella quiteña del siglo XVII, que ofreció a Dios su vida para evitar el exterminio de su pueblo, y ha merecido recientemente, mientras la Iglesia de Dios la canoniza, el título de «heroína nacional» del Ecuador.

El hecho de que la lápida patética se encuentre en San Agustín mejor que en ninguna otra de las iglesias de Quito no es ciertamente fruto del azar. Culpables son los estertores del Pichincha de que no quede en pie, en su traza original, ninguna de las torres de Quito y de que en todas sus iglesias haya cicatrices, rara vez suturadas en el estilo original. Díganlo el esperpento del campanario catedralicio, la torre mocha de la Compañía, las visibles llagas de San Francisco y la falseada cúpula de la Merced. Pero la santa casa del Doctor de Hipona, con sus corazones inflamados sobre su puerta y sus muros, ha sido más que ninguna la víctima del volcán.

Cuando el famoso arquitecto Francisco Becerra, autor de las catedrales de Lima y el Cuzco, delineó el convento agustiniano del Pichincha, parece que trazó un monumento casi gótico, que hubiera conquistado muy alto precio en el monopolio barroco de la ciudad. A manos de los terremotos y de los arquitectos aprendices, San Agustín es hoy día la más desgraciada de las iglesias quiteñas, ni gótica ni barroca, sin ojivas y sin cúpulas, con una fea decoración de estuco, un altar mayor sin gracia y unas espantables bóvedas de fingida crucería; todo ello junto a una torre contrahecha que lleva un extraño bulbo como un sombrero torcido.

La «Cámara Santa» del patriotismo criollo.

Pero no todo mueve a compasión en esta martirizada iglesia agustina. La columnata de piedra de su fachada es majestuosa, aunque disminuya su talla la falta de peana, porque su atrio es el único cavado en hondo de Quito. Formó este compás enlosado, junto al primer cuerpo de la torre, un rincón de muchísimo sabor, a la sombra de tres escudos de piedra gris, el principal de los cuales por cierto —junto al castillo con águilas que Carlos V le concedió a Quito y el corazón flechado de San Agustín— está deshecho a golpes de martillo, mas no tanto que impida reconocer en la piedra los lineamientos de las armas reales de España.

Pecado de los hombres ha sido éste, en tiempos en que creyóse incompatible la nobilísima maternidad hispánica con el orgullo sacro nacional. Detrás de estas paredes se halla la «Cámara Santa» del patriotismo criollo, la Sala Capitular en que, el 16 de agosto de 1809, los próceres quiteños, presididos por «Su Alteza Serenísima» don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, constituyeron la «Junta Soberana» para defender los derechos de «nuestro muy amado rey Fernando VII», frente «al tirano de Europa, Napoleón», dando así el primer paso en el camino hacia la emancipación de esta parte de las Españas. Histórico recinto el de esta Sala, en cuyo suelo duermen las víctimas de la trágica jornada del Real de Lima, un año después de la proclamación de los próceres.

Pero la Sala Capitular de San Agustín es también una de las obras maestras del arte en América. Llegase a ella desde la iglesia por el ala de un claustro de sabor oriental, a causa de las columnillas apareadas de su galería superior, bajo un techo cubierto de ricos artesones y una espléndida galería de lienzos de Miguel de Santiago, el rey de los pintores criollos, que dejó en este convento un verdadero museo. Pasando junto a una ancha escalinata claustral

se llega ante una puerta de cuarterones, cuyos postigos crujen al abrirse sobre un suelo de losas de ladrillo. Estamos en el «General» de los frailes dieciochescos, una perfecta aula barroca de color y de talla, en la que los ojos no saben dónde clavarse primero. Reclámalos urgentemente a la derecha un primoroso retablo de oro y rojo, con el más grande y bello de los crucifijos de Quito, y un San Juan y una Virgen dignos de él. A la izquierda retiene su atención la tribuna más rica imaginable, con un dosel de concha de hojarasca doradas y una masa de patas retorcidas, como para una estancia del Trianón. Y toda en torno imanta las miradas, atraídas aquí o allá por un primor del detalle, la doble hilera de las bancas barrocas mejor talladas del mundo, decoradas de piñas y de pámpanos, como en un paraíso terrenal. Si en el cielo se reúnen alguna vez los santos criollos—una Rosa de Lima y una Mariana de Quito, un «Tata Vasco» de Méjico y un Virrey Solís de Bogotá—, de seguro que lo hacen en una sala como ésta, propicia a las cortesías y al discreteo espiritual.